



LA CIEGA (1955) Bronce.

Torres Monsó

el artista y el hombre

Por NURIA CLARÁ

Vi por primera vez a Torres Monsó en Madrid, hace de ello apenas un año. Y vi a un hombre de rostro algo fatigado, de mirada un poco triste, de maneras muy tímidas, de una timidez cordial y simpática.

Parecía que todo le resultaba ancho: la admiración del público culto que contemplaba su obra expuesta en el Ateneo; los elogios de los críticos que se acercaban a él para charlar sobre su escultura; el hecho mismo de exponer en el prestigioso centro madrileño, tan enraizado en la historia cultural en nuestro país.

Torres Monsó expuso entonces una selección de su obra hecha por él mismo, una auto-antología.

Porque Torres Monsó ha llegado a ese recodo importante en el camino de todo artista desde el que se puede mirar atrás y contemplar con ojos críticos la riqueza creacional de un largo trecho recorrido. El escultor gerundense lleva más de quince años de lucha. De esa lucha diaria y eterna del artista y del hombre auténtico, del "animal de fondo" juanramoniano. De esa lucha contra lo que no existe, lo que no tiene nombre ni forma. De esa lucha del hombre que sólo se siente existir plenamente cuando crea, cuando "saca" su obra de la nada. Y cuando la crea de él mismo —todo y nada, hombre, paradoja eterna.

A costa de renunciaciones dolorosas en su vida de hombre y en su vida de artista, a costa de sujeciones a la tiranía disciplinaria en un principio —1942, 1943...— de rupturas íntimas después —1949, 1950...— de búsquedas, fracasos y hallazgos, Torres Monsó se ha encontrado a sí mismo.

Desde este momento, su obra se le escapa de entre las manos y se sitúa con rebelde independencia frente a su autor, como un personaje de Pirandello.

Manilloll, Clará, el expresionismo italiano e inglés, Julio González, Gargallo... Maestros y estilos ya no estarán presentes en su obra más que como modelos que un día formaron su sensibilidad. Torres Monsó ha conquistado su propio estilo. Precisamente por eso, puede arriesgarse actualmente por los vericuetos metafísicos y abisales del arte abstracto. Y ello sin pedantería "snob"; con autenticidad total avalada por la plena posesión de un estilo.

La obra presentada por Torres Monsó en el Ateneo —por cierto, pocos días después de hacerlo el célebre Mathieu— ofrecía un muestrario completo de la variedad de materias en que esculpe el artista. Desde el hierro hasta el barro cocido pasando por la piedra, el alabastro, el bronce, el plomo y la madera. Sea cual fuere la materia, pronto se vivifica, se transforma en carne dócil en las manos del artista gerundense.

Encontramos dos características, dos hondas características, que coexisten en la obra de Torres Monsó, pese a su antagonismo, y que forman la esencia de su estilo. Por una parte, la materia surge como una eclosión vital. Se muestra turgente, hinchada de vida. La vigorosa presencia física del hombre y las cosas que nutre la eterna tradición escultórica mediterránea, está presente en toda su cálida rotundidad.

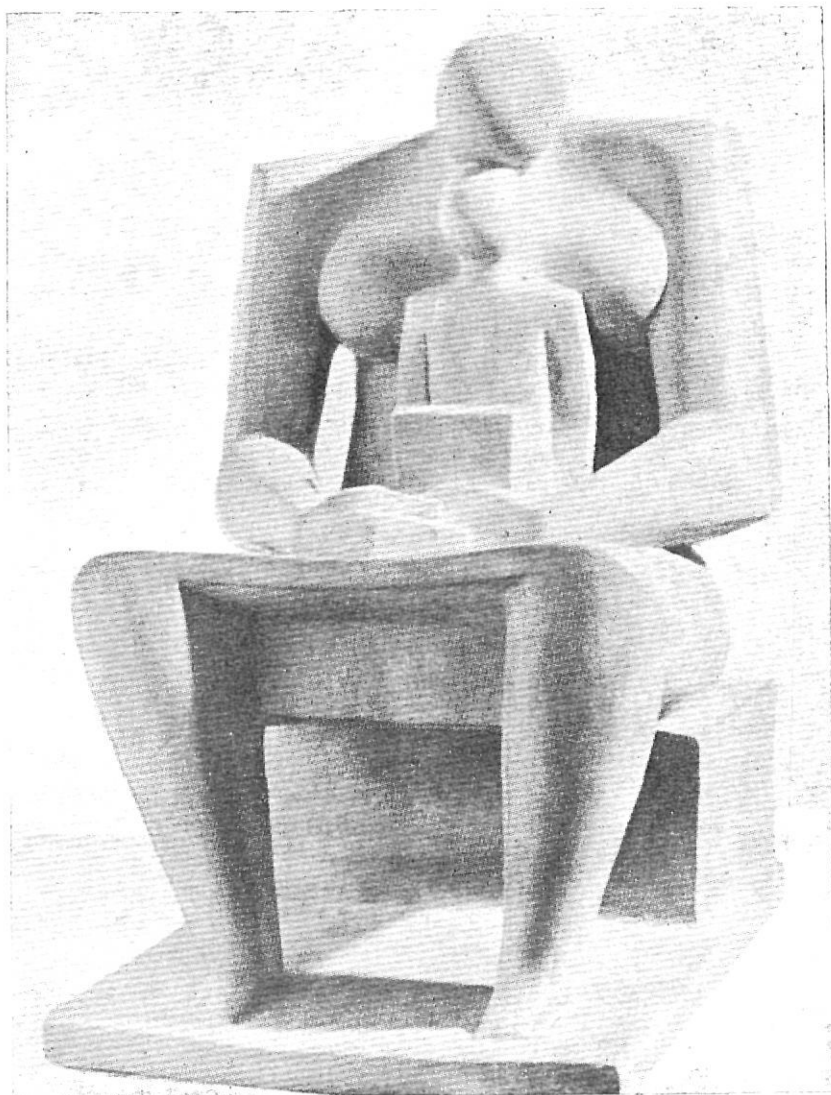
Esta dimensión del arte de Torres Monsó se manifiesta en sus desnudos, especialmente en los femeninos.

Por otra parte, el escultor gerundense desde una postura eminentemente calculadora, cerebral, racionalista y seca de todo jugo de vida concreta, encierra el espacio entre planos geométricos y destruye las fronteras cálidas de los contornos vitales. La figura humana y las cosas se reducen a sus elementos puros: luz, tiniebla, espacio, horizonte, eternidad, temporalidad, intemporalidad.

Muchas veces, la comunicación entre lo que podríamos llamar la “garra vital” y la “capacidad de abstracción” de Torres Monsó se realiza a través de un sentimiento, de un sentimiento de ternura y de una vivencia existencial. Así sus maternidades cobijan entre amorosos brazos de geometría tibia al hijo. Un estremecimiento lírico, humaniza entonces la aridez lineal de la composición.

Otras veces —en su “Albañil”, en su “Madre ciega”— encontramos un hondo sentimiento de tristeza y un gesto de cansancio, un cansancio antiguo y sin esperanza. Hay mucha angustia en la trágica rigidez del cuerpo de la madre ciega. Hay mucha ternura en el amoroso punto maternal —un vientre hinchado— donde el hijo apoya la cabeza. Hay un trágico sentimiento de fatiga en el ademán del albañil que se seca la frente sudorosa. Incluso la materia, trabajada ásperamente, parece llena de muerte.

Torres Monsó ha obtenido un importante premio de la Fundación March. Se lo merece.



MATERNIDAD (1960) Barro cocido.

mariano

BAIG



El hecho de que Mariano Baig vuelva a estar entre los más destacados artistas del momento ampurdanés no puede extrañar a quienes conozcan las posibilidades y el temperamento de este figuerense. Baig es un gran artista, una personalidad cultivada, un hombre todo sensibilidad, imbuído de un franciscanismo encantador y de una voluntad verdaderamente admirable. Porque el hecho de que Mariano Baig vuelva a estar en la línea de la vanguardia pictórica ampurdanesa es un producto de su voluntad.

Mariano Baig hace más de diez años ya había cuajado su estilo y había labrado su nombre artístico. Pero la vida —¡qué dura fue con él!— le llevó a las puertas de la ceguera y el artista vio el reposo absoluto de sus pinceles y el quebranto de sus ilusiones. Sólo le quedaba soñar, mientras en el extranjero un médico providencial, tan meticuloso como él, adivinaba un proceso de lenta curación. Y ello se realizó. Baig volvió al gozo de conservar la vista, aunque las condiciones y facultades ópticas le exigían cuidado y menos cansancio.

Baig adivinó su camino, cambió su técnica y su estilo y ha producido su momento actual lleno de interés, de calidad y de color cuajando